

un acceso casi universal a la educación superior, aun en los lugares más remotos y los sectores más desfavorecidos. Si bien las diferencias efectivas en calidad serán menores, habrá una competencia más intensa por las instituciones más selectas, especialmente en términos de prestigio y percepción.

La educación superior será mucho más global en escala y alcance de lo que es en la actualidad, pero con cierta diferencia. Hoy, los países percibidos como triunfadores son aquellos que logran atraer a un gran número de estudiantes a los campus centrales de sus universidades o establecen sucursales internacionales. Sin embargo, se reconocerá que este no es un juego de suma cero, sino que todos los países, incluso aquellos con estudiantes de educación superior que estudian en el extranjero, tienden a beneficiarse a través del acceso a una educación de alta calidad.

Dada la profundización de las condiciones económicas y culturales y el creciente uso de las tecnologías digitales, surgirá la formación de redes a nivel mundial y un proceso de aprendizaje participativo en el cual la educación transnacional jugará un papel importante. La tendencia actual de desplazamiento transfronterizo de los estudiantes para obtener un curso completo de estudios será reemplazado por cursos de estudios parciales en el extranjero a través de intercambios semestrales, entre otras opciones.

En general, estos avances tendrán consecuencias positivas para la educación superior, pero no se pueden descartar algunas implicaciones negativas. Las próximas dos décadas sentarán los cimientos sobre los cuales la educación superior irá evolucionando en el mundo en desarrollo durante muchas décadas venideras. ■

La Masificación y la Economía Global del Conocimiento: La Continua Contradicción

PHILIP G. ALTBACH

Philip G. Altbach es profesor de investigación y director del Center for International Higher Education del Boston College. E-mail: altbach@bc.edu

Dos de los desafíos del último medio siglo seguirán figurando entre los principales propulsores de las

realidades de la educación superior durante las próximas décadas: brindar un mayor acceso a la educación terciaria y sustentar centros de investigación que aporten y difundan el conocimiento esencial para las sociedades modernas. Estas dos fuerzas cruciales son contradictorias y dividen al mundo académico en distintas direcciones.

La matrícula global supera actualmente los 150 millones, habiéndose duplicado en tan solo unas pocas décadas y es probable que se agreguen otros 100 millones más para 2020. Una parte significativa de dicho crecimiento se dará en solo dos países: China e India. La entrega de educación postsecundaria a segmentos más grandes de la población no es solo necesaria, a medida que las economías cada vez más sofisticadas exigen niveles más altos de formación, sino que también resulta esencial para la movilidad social y empleos más atractivos.

La masificación ha sometido las finanzas del gobierno a una gran tensión y ha conducido al rápido crecimiento del sector privado de la educación superior. A menudo esta rápida expansión va acompañada por una escasez de personal académico calificado e instituciones más nuevas con recursos insuficientes; como consecuencia, la calidad general ha decaído, drásticamente en algunos países. No obstante, millones de personas han obtenido títulos académicos y como resultado general han logrado mejores vidas.

Al mismo tiempo, la economía global del conocimiento requiere de una educación superior más sofisticada y de alta calidad para formar graduados capaces de participar en la economía globalizada del siglo XXI. Las universidades deben apoyar la investigación en búsqueda de nuevos emprendimientos científicos y a la vez también servir de repositorios de conocimiento en todas las disciplinas. Las universidades de investigación, los motores de la economía global del conocimiento, son instituciones complejas y puntos focales de las redes internacionales. A pesar de ser poderosas, estas instituciones también son frágiles y requieren de autonomía, un gobierno compartido y de libertad académica. Dichas universidades son caras y complejas. Salvo pocas excepciones, son instituciones públicas, que requieren del apoyo no calificado del Estado; éstas son las universidades de clase mundial que dominan los rankings. Sin embargo, los gobiernos a menudo encuentran difícil comprender a estas universidades caras pero necesarias.

Existe una aparente dicotomía entre la necesidad de entregar una educación postsecundaria a grandes cantidades de estudiantes y al mismo tiempo brindar apoyo a las universidades de investigación de élite. A pesar de ello, ambas son componentes necesarios de un sistema

académico diferenciado y ambas cumplen funciones importantes en la economía global del conocimiento: siendo una la función de satisfacer las necesidades cada vez más sofisticadas de la economía además de impartir el conocimiento general para funcionar como ciudadanos efectivos y, la otra, la función de educar a los estudiantes más capaces para brindar tanto investigación básica como aplicada. Ambas son también absolutamente esenciales para una economía nacional exitosa.

Apoyar estos dos objetivos medulares constituye una necesidad para las décadas venideras. Sin embargo, existen señales en muchos países que indican que apoyar la “absorción de la demanda” masiva resulta una carga demasiado pesada para los gobiernos. Además, un creciente sector privado, a menudo con fines de lucro, tiende con frecuencia a llenar la brecha entregando una educación de menor calidad. A la vez, las universidades de investigación, caras y en su gran mayoría públicas, enfrentan alarmantes recortes presupuestarios. Un desafío crucial consiste en garantizar que los dos aspectos principales de la educación superior se apoyen apropiadamente. ■

La Crisis de la Misión Pública en la Educación Superior

JORGE BALÁN

Jorge Balán es investigador académico senior en la Universidad de Columbia. E-mail: jb3369@columbia.edu

El principal desafío para la educación superior a nivel mundial radica en fortalecer y revitalizar su compromiso con la misión pública en respuesta a la disminución general en el financiamiento público por estudiante, la lógica, estrategias e instrumentos cambiantes que los gobiernos subsidian y que regulan la educación superior, además de lidiar con cambios en la demanda estudiantil y en la sociedad en general.

La propiedad y financiamiento estatal de las instituciones públicas a menudo se identifican erróneamente con la misión pública en los países en donde dichas instituciones gozan de considerable prestigio y autonomía además de influencia política en la formulación de las

políticas públicas. Los administradores, cuerpo docente y estudiantes a menudo son críticos de las indeseables consecuencias para la misión pública en educación superior debido a la rápida expansión del sector privado. Sin embargo, las instituciones públicas rara vez deben rendir cuentas por el cumplimiento de su propia misión pública. Por otro lado, las instituciones no estatales requieren de reconocimiento y legitimación por parte del Estado para funcionar, poder gozar de los derechos y privilegios otorgados por la autoridad pública y beneficiarse de subsidios directos e indirectos. La proliferación de nuevas instituciones impulsadas por el lucro y que responden a la demanda estudiantil, a menudo con apoyo público, ciertamente plantea un mayor desafío para garantizar la calidad en pos de los derechos de los estudiantes. Resulta necesario que todos los segmentos institucionales y el sistema de educación superior en su conjunto realicen una revisión de la misión pública.

La definición de una misión pública para la educación superior se encuentra sujeta a la política nacional y local, y con frecuencia se transforma en una temática muy contenciosa, exacerbada cuando disminuye el apoyo del gobierno. La creciente desigualdad del ingreso y la riqueza a nivel mundial ha enfatizado la tensión en torno a la justicia y la equidad en el acceso a la educación superior, lo cual es una dimensión importante de la misión pública. Está muy bien documentado que la masificación no ha logrado disminuir significativamente la brecha entre los grupos de ingresos en las naciones en donde el acceso masivo es un fenómeno reciente. En muchos países de ingreso medio, los gobiernos adjudican una cantidad desproporcionada de sus escasos recursos para apoyar a las instituciones públicas con costos más altos por estudiante. Esta estrategia a menudo se justifica en términos de la capacidad limitada del sector privado para la producción de investigación básica y en la formación avanzada. El cumplimiento de la misión pública exige una mayor transparencia en el uso de fondos públicos, para asegurar que no ocurra un goce desproporcionado de los beneficios por parte de estudiantes más acomodados y que la educación superior en todas sus funciones esté al servicio de la sociedad en general.

Existe también una dimensión universal de la misión pública de la educación superior que si bien trasciende el contexto nacional, regional y local, debe ser protegida y promovida por las instituciones y los gobiernos por igual. La producción de conocimiento, una pieza central de dicha dimensión, se lleva a cabo a escala global y atraviesa las fronteras políticas, lo cual es cada vez más frecuente gracias a la revolución tecnológica en las comunicaciones. Las